

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península una PESETA al mes.
Extranjero 750 PESETAS tri-mestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

MIÉRCOLES 24 DE JULIO DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id id.
En primera. 00'20 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Honrosa demostración

Una comisión numerosísima de obreros de casi todos los gremios visitó anoche al señor Gobernador civil de la provincia D. Jerónimo del Moral, felicitándole y felicitándose de su vuelta al Gobierno. Con los respetos que merece una autoridad de su categoría y con el afecto á que es acreedor el caballero, el hombre recto y digno, fué saludado el Sr. Moral por la mas exacta y verdadera representación del pueblo de Murcia, por el elemento trabajador, el elemento sano, vigoroso y fuerte, divorciado de toda comunión política y defensor ardiente de cuanto simboliza el respeto á la Ley, el amor á la justicia y el culto á la moralidad.

Nada puede satisfacer el amor propio del Sr. Moral tanto como esta honrosísima demostración; de haberla hecho sus amigos (!) políticos, los caciques, los diputados, los que disponen de la influencia, de la fuerza y del capital, hubiera sido mucho mas ruidosa, se hubiera reclutado gente á cientos, las bandas de música, habrían ensordecido á la concurrencia con acordes estruendosos, pero no hubiera sido tan cumplida, reflejo del sentimiento del pueblo tan espontáneo, como la que anoche recibió el Sr. Moral, que al oír los aplausos que se le prodigaban debió sentir, como nosotros sentimos, dos sentimientos opuestos: la satisfacción de verse aplaudido por el pueblo, por el que vive con el sudor de su frente; la conmiseración á los que debiendo ir no fueron, á los que son algo y viven por la política y con la política, elevados á costa de los que aplaudían y con el atropello de la moral, de la justicia, y de la Ley.

Es tristísimo y doloroso que todas las manifestaciones públicas de respeto á la moralidad se hagan siempre por iniciativa espontánea de los elementos populares y que los colocados en los más visibles sitios de la sociedad no tomen parte en ellas; los influentes, los que dirigen, desgraciadamente, las energías sociales no producen sino errores, torpezas, convencionalismos de bandería, y en cambio, los humildes, los desheredados, los hijos del trabajo manual son los que dan evidentes pruebas de seguir los movimientos del progreso y amar las buenas costumbres.

El acto realizado anoche por los obreros en honor del señor Moral, les honra á ellos y al pueblo murciano, pues que manifiesta claramente su odiosidad contra la funestísima influencia del caciquismo, contra la perversidad de las costumbres y contra los soberbios politiquillos, los que, haciéndose solidarios del disgusto de los *incapacitados*, demuestran lo que pueden dar de sí, y si no lo supiéramos ya, lo que se puede esperar de ellos.

Nosotros unimos nuestro aplauso á los del pueblo y nuestra satisfacción á la suya al ver nuevamente al Sr. Moral en el gobierno de la provincia y otra vez más, le ofreceríamos para la continuación de todas las campañas de moralidad nuestro incondicional apoyo, las energías de que somos capaces y nuestros humildes servicios sino supiéramos que dentro de poco nos ha de abandonar para tener que ir á ocupar otro puesto como premio á sus servicios.

DE MADRID A MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

Gracias á Dios y al insigne D. Práxedes, porque al cabo se sabe de un modo cierto la solución dada por el Sr. Sagasta á la crisis.

A las doce de esta tarde juró el nuevo ministro de la Gobernación, don Alfonso Gonzalez.

El nuevo ministro celebró ayer mañana una larga conferencia con el jefe del Gobierno, y por la noche, en el segundo expresado del Norte, marchó á San Sebastián, donde le recibió hoy juramento el duque de Almodóvar.

El Sr. Gonzalez estará de regreso el miércoles, siendo probable que el mismo día se celebre Consejo de Ministros en la Presidencia.

Sigüa manifestó ayer el Sr. Sagasta, en dicho Consejo se trazarán las líneas generales de la reorganización de los servicios, empresa magna, al decir del jefe del Gobierno, que ha de estar terminada á fines de Septiembre, para que al abrirse las Cortes en los primeros días de Octubre, pueda presentarse al Parlamento.

Para el trazado de esas líneas generales de la reorganización de los servicios, se invertirán dos ó tres Consejos, razón por la cual el Sr. Sagasta anunció ayer que retrasará algún tiempo su viaje á Avila.

También se acordará en uno de esos Consejos una extensa combinación de gobernadores civiles.

A despedir al nuevo ministro de la Gobernación acudieron anoche á la estación del Norte bastantes diputados de la mayoría y algunos otros amigos del Sr. Gonzalez.

Asegúrase que habiendo insistido en su dimisión el actual subsecretario de Gobernación, D. Benigno Quiroga Ballesteros, le será admitida, sustituyéndole en dicho cargo D. Emilio Sánchez Pastor.

En el mismo tren en que iba el nuevo ministro, marchó también á San Sebastián la Mesa del Senado, con su presidente el Sr. Monteros Rios, quien llevó á la sanción de la Reina la ley sobre créditos de Guerra.

El Sr. Monteros Rios conferenció por la tarde con el Sr. Sagasta, despidiéndose de él, pues desde San Sebastián se dirigirá el presidente del Senado á su hermosa finca de Lourizán, donde pasará tranquilamente la canícula, imitando al diablo en lo de espantarse las moscas.

Y ya que tratamos de viajesitos no vendrá mal decir que el general Weyler emprenderá el lunes su anunciada excursión á Asturias.

En Gijón se hospedará en casa del senador vitalicio Sr. Dominguez Gil, y en Avilés en la del Sr. Alvarez Inolán; según se dice, en Oviedo se alojará en una fonda, y en Avilés será obsequiado con un banquete por los liberales de dicha ciudad.

El general Weyler visitará, entre otras la fábrica de cañones de Trubia, la de fusiles de Oviedo y la de explosivos de Lugones.

También es probable que vaya á la fábrica de armas de Mieres y á la de la Compañía Asturiana de zinc.

Los silvelistas se han ido también á

paseo, aunque en otra forma, dada su salida de tono con la siguiente proposición incidental:

«Los diputados que suscriben proponen al Congreso se sirva declarar que ha visto con profundo sentimiento y viva inquietud el abandono de funciones en que incurre el Gobierno tolerando, en presencia de sus agentes, la perpetración en reuniones públicas de delitos definidos en los arts 182, 286 y siguientes del Código penal, y en el 258 del de Justicia militar, quebrantándose de esa suerte el prestigio del benemérito cuerpo de la guardia civil y de todo principio de autoridad, siendo notorio que el Gobierno, al incurrir en tal abandono, cede ante la audacia de unos pocos, que aprovechan su indiferencia ó su debilidad para escandalizar al país con insultos y violencias de lenguaje, contra lo que las leyes y la conciencia nacional tienen por más digno y respetable.»

Palacio del Congreso 22 de Julio de 1901.—Silvela.—Dato.—Espada.—Osma.—Andrade.—Cortezo.—Aparicio.»

Muchos diputados de la mayoría protestaban de esta actitud de los conservadores, diciendo que era una habilidad muy burda la de presentar su proposición á sabiendas de que no podía discutirse, porque les constaba como todo el mundo que el decreto de suspensión de sesiones iba á leerse á primera hora.

En cuanto á que el Gobierno no hubiera defendido á la guardia civil, decían: «Basta leer en el «Diario de Sesiones» el discurso pronunciado por el Sr. Villadueva contestando al Sr. Lerroux, para convencerse de que es una injusticia, también á sabiendas, la que se comete al decir tal cosa.»

Total, una metidura de la patita de los silvelistas

Castillo.

23 de Julio de 1901.

Rápida

La cosa tiene muchísima gracia: figúrense Vds. que los periódicos ministeriales, indiscretos como siempre, no encuentran cosa más oportuna para festejar á D. Práxedes en el día de su santísimo patrono, que sacarle trapillos á relucir y contarle los años que tiene, sesenta y cuatro, según los fusionistas y sesenta y cinco á decir de los antiguos compañeros de Sagasta, quienes aseguran se alteró la fé de bautismo del futuro hombre público, para que pudiese ingresar en la Escuela de Caminos. ¡Desengaño horrible! El apacible D. Práxedes metido á modificador de documentos públicos, es el desengaño más grande que sufrir podíamos quienes le creímos capaz de todo, de perder colonias, autorizar la venta bochornosa de diques y otras menudencias por el estilo... ¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo! Y lo más sensible del caso es que si apareciese por esos mundos de Dios otro amigo de alterar fechas, que no fuese á estas alturas Presidente del Consejo, no faltaría algún alma bienhechora que le hiciese dar con la osamenta en alguna lóbrega prisión, donde toda incomodidad tiene su asiento, según dijo el manco ilustre, que no llegó á presidente del Consejo ¡Práxedes! ¡Práxedes! ¡Por algo tienes nombre de mujer!



Joaquín Dominguez Bécquer

No fué un artista á quien dieran fama, universal sus obras; pero de su génio artístico y de su conocimiento de las Bellas Artes dan idea los hechos de haber sido nombrado individuo de la Sociedad de Amigos del País de Sevilla cuando sólo contaba 21 años de edad y de serle confiada poco tiempo después la dirección de las restauraciones que entonces se emprendieron en el Aloázar sevillano; y por si lo dicho no fuera aún suficiente para formar idea de las dotes artísticas

de don Joaquín Dominguez Bécquer, téngase en cuenta que en 26 de Noviembre de 1847, ó sea cuando contaba 30 años de edad era elegido director de la Academia de Bellas Artes de Sevilla ciudad en que vió la luz primera en 1817.

Tuvo por maestro en el Arte de Apeles á un primo hermano suyo, padre de los célebres Valeriano y Gustav Dominguez Bécquer, cuya educación le fué encomendada al quedar estos huérfanos.

Desde los primeros años de su juventud distinguióse como pintor por su estilo propio, no falto de cierta afectación arcaica, como lo demuestran, muy especialmente, los diversos retratos históricos que hizo, tales como el de don Alfonso «El Sabio» y el de doña Maria Coronel.

Cítanse entre sus mejores obras su propio retrato en traje de cazador, que obtuvo primera medalla en la Exposición sevillana de Bellas Artes de 1856, y el cuadro que representa la entrevista del general O'Donnell con Muley-el-Abbas, celebrada para concertar las bases del tratado que puso término á la guerra anglo-marroquí; obras que atestiguan la importancia que Bécquer daba al dibujo y lo correcto y espontáneo que se mostraba en el cultivo de este.

En 22 de Enero de 1862 fué nombrado profesor de Natural y del Antiguo en la Academia que dejamos mencionada y cuatro años más tarde académico correspondiente de la de San Fernando y conservador del Museo provincial de Sevilla.

Además fué pintor de Cámara de doña Isabel II desde 1850, y profesor de dibujo de los hijos de los duques de Montpensier, quienes con tanta generosidad y franqueza hicieron justicia á los méritos de Bécquer, que le consideraban como cosa propia dando, además en su palacio lugar preferente á sus obras.

Dotado de una constitución delicada que los años, el trabajo constante y las desgracias, se encargaron de hacer más débil, Bécquer no tuvo fuerzas para resistir la impresión que en su ánimo produjo la muerte de la infanta doña Cristina, agrandándose por tal motivo sus dolencias, que el 24 de Julio de 1879, poco después de la muerte de ésta, bajaba al sepulcro.

Fernando de Acevedo

CUENTO

LA ÚLTIMA ILUSIÓN DE D. JUAN

Las gentes superficiales, que nunca se han temido el trabajo de observar al microscopio la complicada mecánica del corazón, suponen bienamente que á don Juan, el procoz libertino, el libertino, el burlador sempiterno, le bastan para su satisfacción los sentidos y á lo sumo la fantasía, y que no necesita ni gasta el inútil lujo del sentimiento, ni abre nunca el dorado ajimez adonde se asoma el espíritu para mirar al cielo, cuando el freno de la tierra le oprime. Y yo os digo en verdad que esas gentes superficiales se equivocan de medio á medio y son injustas con el pobre D. Juan, á quien solo hemos comprendido los poetas, que tenemos el alma inundada de caridad y somos perspicaces... cabalmente porque creemos en muchas cosas.

A fin de poner la verdad en su punto, os contaré la historia de cómo alimentó y sostuvo D. Juan su última ilusión... y cómo vino á perderla.

Entre la numerosa parentela de don Juan—que dicho sea de paso, es hidalgo como el rey—se cuentan unas primitas provincianas muy celebradas de hermosas. La más joven, Estrella, se distinguía de sus hermanas por la dulzura del carácter, la exaltación de la virtud y fervor de la religiosidad, por lo cual en su casa llamaban la *beatita*. Su rostro angelical no desmentía las cualidades del alma: parecíase á una virgen de Murillo, de las que respiran honestidad y pureza (porque algunas, como la morena de la servilleta, ó *Refritolera*, solo respiran brío y juventud). Siempre que el humor vaga-

bundo de D. Juan le impulsaba á dar una vuelta por la región donde vivían sus primas, iba á verlas, frecuentaba su trato, y tenía con Estrella interminables paliques. Si me preguntáis qué imán atraía al perdido hacia la santa, y más aun, á la santa hacia el perdido, es diré que era quizás el mismo contraste de sus temperamentos... y después de esta explicación nos quedaremos tan enterados como estábamos.

Lo cierto es que mientras D. Juan galanteaba por sistema á todas las mujeres, con Estrella hablaba en serio, sin permitirse la más mínima insinuación atrevida, y que mientras Estrella rehía el trato de todos los hombres, veníase á la mano de D. Juan como la doméstica paloma, confiada, cándida, segura de no mancharse el plumaje blanco. Las convesaciones de los dos primos podía oír las el mundo entero: después de dos horas de charla inofensiva, reposada y dulce, levantábase tan dueños de sí mismos, tan tranquilos como antes, y Estrella volaba á la cocina ó la despensa á preparar con esmero pueril algún plato de los que sabía que agradaban á don Juan. Saboreaba éste, más que las golosinas, el mimo con que se las presentaban, y la frescura de sangre y la anestesia de su corazón le hacía tanto bien como un baño refrigerante al que ha cominado largo tiempo por arenales abrasados.

Cuando D. Juan levantaba el vuelo, yéndose á las grandes ciudades en que la vida es fiebre y locura, Estrella le escribía difusas cartas, á que él contestaba en pocos renglones,—pero siempre.—Al retirarse á su casa al amanecer tambaleándose, aturdido por la bacanal ó vibrante aun sus nervios de las violentas emociones de la profana cita; al encerrarse á veces para mascar, entre risa irónica, la hiel de un desengaño—porque también los cosecha D. Juan:—al prepararse al lance de honor templando la voluntad para arrostrar impávido la muerte; al reír, al blasfemar, al derrochar su mocedad y su salud como pródigo insensato de los mejores bienes que nos ofrece el cielo, D. Juan reservaba y apartaba, como se aparta el dinero para una ofrenda á Nuestra Señora, diez minutos que dedicaba á Estrella. En su ambición de caridad, aquella consagración tan casta, de un ser tan delicado y noble, representaba la gota de agua que se baba en medio del combate y que restituye al combatiente las fuerzas para seguir lidiando. Traiciones, falsas, perfidas y vilezas de otras mujeres podían llevarse con valor, mientras en un rincón del mundo ardía el leal afecto de Estrella. A cada carta ingénuo y encantadora que recibía D. Juan, soñaba el mismo sueño: se veía caminando difícilmente por entre unas tinieblas muy densas, muy frías, casi palpables, que resgaban por intervalos la luz sulfúrea del relámpago y el eulbreo del rayo; pero allá lejos, muy lejos, donde ya el cielo se esclarecía un poco, divisaba D. Juan blanca figura velada, una mujer con los ojos bajos, sosteniendo en la diestra una lamparita encendida y protegiéndola con la izquierda. Aquella luz no se apagaba jamás.

En efecto, corrían años, D. Juan se precipitaba despenado por la pendiente de su delirio, y las cartas continuaban con regularidad inalterable, impregnadas de igual ternura latente y serena. Eran tan gratas á D. Juan estas cartas, que había determinado no volver á ver á su prima nunca, temeroso de encontrarla desmejorada y cambiada por el tiempo, y no tener luego valer para sostener la correspondencia. A toda costa deseaba eternizar su ilusión, y ver siempre á Estrella con su rostro murillo, de santa virgen de veinte años. Las epístolas de D. Juan, á la verdad, expresaban siempre vivo deseo de hacer á su prima una visita, de renovar la charla de antaño; pero como nadie le impedía á D. Juan realizar este deseo, hay que creer que no le apretaba mucho, pues no lo cumplía.

Eran pasados dos lustros, cuando un día recibió D. Juan, en vez del anoho pliego acostumbrado, escrito por las

